



ENTRAR EN LA SEMANA SANTA

Antes de afrontar la pasión y la muerte, Jesús hizo su entrada triunfal en Jerusalén. A las puertas de la ciudad Santa no se ocultó de las aclamaciones de la multitud que reconocía en Él al Mesías anunciado, pero lo hizo cabalgando sobre un humilde asno. Esto significaba que el reino del Hijo de David no era de este mundo y que su realeza no estaba fundada sobre principios de poder y de prestigio.

Leyendo a Isaías uno queda maravillado como, por medio de su carisma profético, describe el acontecimiento con precisión de detalles, como si hubiera sido testigo ocular. También el profeta Zacarías anuncia: *“He aquí, a ti viene tu rey. Él es justo y victorioso, humilde, cabalgando en un asno, un pollino hijo de asna”* (Zc 9,9). Sin embargo, la multitud, los discípulos y los fariseos no comprendieron el signo. Lo comprendieron después solo los discípulos, cuando el Señor será glorificado.

El estilo de Jesús está lejos de las formas humanas de espectáculo con las que el mundo acostumbra a expresarse, para dar sentido a las vanas esperanzas. Su camino a Jerusalén está orientado hacia la Pascua y la pasión. La liturgia reúne en la misma celebración la entrada en Jerusalén y la narración de la pasión y muerte. Así reuniendo estos dos acontecimientos temporalmente distintos, parece querer eliminar de nuestra mente cualquier malentendido acerca del triunfo de Jesús: entra como un rey, pero es un rey distinto a los de este mundo. Él mismo lo explicará en la Última Cena, el jueves: *“Los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen la autoridad se hacen llamar bienhechores. Vosotros no hagáis así, sino que el mayor entre vosotros se ha de hacer el menor, y el que gobierna, como el que sirve”* (Lc 22, 25-26).

Aquella misma noche, Jesús comienza a experimentar en su propia carne las consecuencias extremas de estas afirmaciones.

Para Jerusalén ha llegado el momento central vinculado con el tiempo escatológico, pero la ciudad no supo reconocer la “visita” de Dios, y por ello Jesús fue condenado. Mientras la ciudad esperaba una visita regia y brillante, el Rey se presentaba a lomos de un pollino entre la multitud que gritaba: *“¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!”* (Mt 21,9). El encuentro con Jerusalén revestía una importancia excepcional porque así se cumplían las profecías: el Mesías tomaba posesión de su ciudad para iniciar una nueva era. El pueblo era llamado a tomar conciencia que daba comienzo el gran drama de la ofrenda y de la inmolación para la redención del mundo.

Al terminar la lectura de la Pasión, cada uno de nosotros siente aflicción y pesar, y tiene la tentación de decir: “Yo no lo habría hecho”, o de justificarse: “No soy Pilatos, no soy Herodes, ni Judas...”. Pero también está Pedro: no es el peor de los discípulos, y si no es el mejor es sin duda el más importante, es el discípulo a quien Jesús le confió la mayor responsabilidad. Tiene sentimientos, se ofende cuando Jesús le dice

que le traicionará: *“Señor, estoy dispuesto a ir contigo hasta la cárcel y la muerte”*, le responderá. Pero basta la palabra de una criada para echar todo por tierra.

Fue el encuentro con la mirada de Jesús lo que turbó y cambió profundamente a Pedro: *“El Señor se volvió y miró a Pedro. Recordó Pedro las palabras que le había dicho el Señor”* (Lc 22,61). Nosotros los cristianos no somos héroes, somos como todo el mundo, pero si nuestros ojos se cruzan con los ojos de ese hombre que va a morir, también nosotros recordaremos las palabras del Señor y seremos liberados de nuestros miedos. Es la gracia de esta Semana: poder estar junto a aquel hombre que sufre y que muere para poder cruzar su mirada con la nuestra.

Con mi deseo de que viváis junto al Señor la Semana Santa, mi bendición.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.